

EL VIEJO SOLDADO DE HÉCTOR TIZÓN. LA OTREDAD COMO FORMA DE ENCONTRAR LA IDENTIDAD

M. Carmen Domínguez Gutiérrez*

El escritor argentino Héctor Tizón (1929-2012) escribió en 1981, durante su exilio madrileño, la novela *El viejo soldado*. Es un texto de fuertes tintes autobiográficos, que permaneció inédito hasta 2002 por propio deseo del autor. La novela, como sostiene Ana Príncipi (2002-2003), plantea el problema de la preservación de una subjetividad en una situación de exilio. Raúl es un joven argentino que, tras el golpe militar en su país, se exilia en España. Para sobrevivir y mantener a su familia, se emplea como escritor a sueldo de un viejo franquista decidido a publicar sus memorias. A la experiencia del exilio, ya de por sí traumática, Raúl habrá de sumar la humillación de prestar su pluma a quien representa los mismos valores que le han llevado a esa situación. Pero es, sobre todo, la convivencia con su antagonista lo que provoca hondas fisuras en el relato que ha construido de su propia vida. Según Paul Ricœur (2006), el hombre, para comprenderse, debe narrar su propia historia. Solo este relato de sí mismo otorga identidad al sujeto. Ahora bien, esta «identidad narrativa» (Ricœur 1997) es un proceso dinámico en el que, desde el presente, el sujeto elige los acontecimientos, las experiencias y las interacciones con los demás que nutren y dan sentido a la trama de su relato y que lo ayudan a comprenderse y ser comprendido. Es un eterno proceso de resignificación del propio yo a través del tiempo. Desde su presente en el exilio y de la confrontación con el viejo soldado, para Raúl su vida presente y pasada adquiere otra lectura. Esa resignificación de su propia identidad lo conducirá a una decisión extrema: la de asesinar al anciano porque su existencia le recuerda su fracaso, pero, sobre todo, para acabar con aquello de “el otro” que descubrió en él mismo.

Palabras clave: exilio, dictadura militar argentina; memoria, identidad narrativa

The Argentine writer Héctor Tizón (1929-2012) wrote the novel *El viejo soldado* in 1981, during his exile in Madrid. It is a text with strong autobiographical overtones, which remained unpublished until 2002 at the author's own wish. The novel, as Ana Príncipi maintains, raises the problem of the preservation of a subjectivity in a situation of exile. Raúl is a young Argentine who, after the military coup in his country, goes into exile in Spain. To survive and support his family, he works as a writer in the pay of an old Francoist determined to publish his memoirs. To the experience of exile, already traumatic, Raúl will have to add the humiliation of lending his pen to someone who represents the same values that have led him to that situation. But it is, above all, his coexistence with his antagonist that causes deep fissures in the story that he has constructed of his own life. According to Paul Ricœur (2006), man, to understand himself, must narrate his own story. Only this account of oneself grants identity to the subject. Now, this «narrative identity» (Ricœur 1997)

* Università di Padova.

is a dynamic process in which, from the present, the subject chooses the events, experiences and interactions with others that nourish and give meaning to the plot of his story and that help him to understand himself and be understood. It is an eternal process of resignification of one's own self over time. From his present in exile and the confrontation with the old soldier, for Raúl his present and past life acquires another reading. This resignification of his own identity will lead him to an extreme decision: that of murdering the old man because his existence reminds him of his failure, but, above all, to end at the part of "the other" that he discovered in himself.

Keywords: Exile, Argentine military Dictatorship, Memory, Narrative identity

La vida: un relato ontológico

La filosofía cartesiana concibe al sujeto como inmutable, como un ser que ordena el mundo y se define por la actividad individual de pensar. Para la hermenéutica contemporánea, en cambio, el sujeto es histórico, un ser mutable sujeto a la temporalidad que se construye en su propio devenir. El sujeto interpreta la realidad (sujeto pensante) en función de su experiencia (sujeto actuante) y de lo que siente (sujeto sintiente). Pero para comprenderse, el hombre debe narrar su propia historia porque solo el relato permite la mediación entre el tiempo cíclico del cosmos y el cambiante de la experiencia humana. Esta narración que otorga identidad al sujeto –que Paul Ricœur llama «identidad narrativa» (1997)– es la visión de sí mismo, en la interacción con los otros, que solo puede ser alcanzada a través del lenguaje. Pero esta cifra no es solo semiótica puesto que el lenguaje es histórico, se produce en un espacio y un tiempo determinado y es sensible a los factores culturales y sociales. En otras palabras: el sujeto es el relato que es capaz de narrar. Un proceso dinámico en el que, desde el presente, elige los acontecimientos, las experiencias y las interacciones con los demás que nutren y dan sentido a la trama narrativa –la selección implica, necesariamente, también la exclusión–. Su identidad narrativa, que lo ayuda a comprenderse y ser comprendido, a reconocerse y ser reconocido, es un proceso dinámico en el que se reinterpreta a sí mismo. Ahora bien, la narración solo recibe su significado a través del tiempo, por lo que es fundamental considerar la simultaneidad de ambos fenómenos. Esto implica atender al juego de relaciones entre presente, pasado y futuro en el plano de la temporalidad. Porque desde el presente se resignifica el pasado, pero también se modifican las posibilidades de mantener esa identidad narrativa en el futuro.

Según Ricœur, en la narración el tiempo se reconfigura, se hace asequible a su propia constitución, gracias a tres conectores: los calendarios, la sucesión de generaciones y las huellas. El calendario es un «puente tendido» (784) entre el tiempo vivido y el tiempo cósmico. Un tiempo intermedio que une a través de la representación histórica. Un sistema de representaciones en unidades de medida

(días, semanas, meses y años) que manifiesta la necesidad de «objetivar el tiempo» de cualquier cultura para poder «presentarlo» (Gilardi 105) como un continuo susceptible de ser medido y dividido en unidades precisas. El calendario, construido sobre la idea de una temporalidad secuencial y causal, es expresión de un tiempo socializado y compartido, expresa el ritmo de la actividad colectiva y garantiza su regularidad (Ricoeur 787). Presupone, tras un acontecimiento fundador, una sucesión ordenada, una serie en la que se pueden medir, localizar y prever ciertos eventos que guardan entre sí determinada relación.

El “aquí” y el “allá”: la dicotomía del exilio

El escritor argentino Héctor Tizón (1929-2012) durante sus años de exilio madrileño (1976-1982) escribió dos novelas: *La casa y el viento* y *El viejo soldado*. La primera se publicó en Buenos Aires en 1984, tras el regreso del autor a su país. *El viejo soldado*, aunque escrita con anterioridad, en 1981, quedó, en cambio, inédita hasta 2002. El propio autor explicó los motivos en la «Advertencia» incluida en la primera edición:

estas páginas se escribieron, casi de un tirón, en poco tiempo –quizá menos del necesario– y en días que no quiero recordar [...] Por entonces, en un ataque de insensatez y confusión, creí haber perdido mi país para siempre; así el impulso que me ató largas horas a la máquina de escribir estuvo compuesto por la nostalgia y el furor, estímulos indecorosos que deben confesarse. Éste es, tal vez, el menos querido de mis libros, si ello fuese posible [...] pero, en contra de la opinión de quienes más quiero, he consentido en que se publique porque creo que no debo escamotear este fruto amargo y balbuciente de una época en que todos fuimos víctimas –a manos de los verdugos de siempre– de la crueldad, la estupidez, la falta de grandeza (2002: 9-10).

Ambos textos abordan el exilio y tienen un alto contenido autobiográfico. *La casa y el viento* es una recreación de los lugares que el protagonista se ve condenado a abandonar. Un canto de despedida a “su lugar en el mundo”, ante la incertidumbre de no volver. En cambio, *El viejo soldado*, plantea el problema de la preservación de una subjetividad sometida a la traumática situación del exilio (Principi 3). Raúl, su protagonista, es un joven argentino obligado a salir de su país y vivir en Madrid con su mujer y su hijo pequeño. Sobrevive con trabajos pasajeros y mal pagados, por lo que decide poner un anuncio en un periódico ofreciendo sus servicios como escritor a sueldo y corrector de estilo. Un viejo soldado franquista lo contrata para escribir sus memorias. Aceptar el trabajo le permite sostenerse económicamente, pero sume a Raúl en un conflicto moral por dar su voz a un militar cuya ideología es aquella por la que él se ha visto despojado de su vida. En una entrevista tras la publicación de la novela, Tizón reconoció que en esas páginas seguía «viendo al hombre en carne viva que fui»

(Abdala s. p.). Él, como el protagonista de su libro, en Madrid fue «un negro de la literatura» y «obligado, presté mi pluma a otros que ni siquiera pensaban como yo, y eso es tremendamente humillante» (Abdala s. p.). Esta «situación ética difícil de dirimir» (Mancini 171) se resuelve con una decisión extrema: Raúl asesina a quemarropa al viejo soldado.

En *El viejo soldado*, narrada en tercera persona —«con intervenciones de una voz de referencialidad incierta que podríamos atribuir a la intrusión del pensamiento del propio autor» (Mancini 173)—, el texto es fragmentario, y la linealidad del relato de la vida de Raúl en Madrid se ve salpicada de idas y venidas del pasado al presente a través de sus recuerdos. El texto resuelve las comparaciones del protagonista entre un lugar y otro, entre una temporalidad y otra, con la intrusión de un recuerdo pasado en medio de la descripción de un evento del presente, gracias al uso de términos típicos de cada una de las variantes (argentina y peninsular) del castellano y de los tiempos verbales. Estas marcas del lenguaje (por ejemplo, el “allá” para referirse al espacio argentino con el “aquí” para lo español) permiten esa simultaneidad entre tiempo y narración que se sostiene en un momento axial: el exilio, evento fundacional en torno al que se organizan los recuerdos con los que Raúl construye su identidad narrativa.

En el “aquí” de Madrid, Raúl compra diariamente los periódicos en busca de ofertas de empleo, empeña en el Monte de Piedad su reloj de oro (2002: 17), vende diccionarios ilustrados, realiza encuestas de champú, busca trabajo en el mercado central, y deambula como un fantasma por la ciudad sin una meta clara. Con la certeza de que «nada sería como había sido» (60) y la preocupación de que «las huellas de los pasos empezaban a borrarse; los recuerdos seguían presentes, pero ya tenían una cierta distancia y alguna vaguedad, aunque muchas veces surgieran algunos, tenaces y deslumbrantes, para recordarle que el pasado no estaba muerto, sino escondido» (23-24). Raúl, que «no quería olvidar ni que lo olvidasen» (2002: 61) elige entonces «la soledad y el silencio para preservarse» (60). Una soledad traicionera en la que por momentos añora una rutina que lo mantenga a flote y que le devuelva «la sensación de ser como otros, de compartir una forma de vida reconocible entre los demás» (26) y que otras, en cambio, lo rebela porque siente que empieza «a encarnarse en la vida de este lugar [...] como un arbusto trasplantado que luchara por no morir, por crecer, secretamente, sin importante dónde» (61). En su exilio, Raúl toma conciencia de que, aunque ya había tenido trato con la muerte, este había sido en su forma heroica pero la muerte «también puede ser humilde como un hecho natural» (61) y eso lo asusta.

El calendario, en cambio, lo señalan no tanto los días —que no eran iguales «pero casi todos terminaban de modo parecido» (15)— como el sucederse de las estaciones y los cambios climatológicos que van modificando cíclicamente

el paisaje urbano y permiten la objetivación del tiempo cósmico. Al iniciar la novela «era otoño, y en el parque lo era aún más» (13) pero en el momento de la publicación del anuncio en el periódico ya se asiste a la «primera nevada de este invierno» con la que Raúl «recuerda las primeras nieves del invierno pasado. ¿Ha transcurrido verdaderamente un año desde aquella vez?» (64). Esto permite al lector tener conciencia del tiempo cíclico y deducir que el protagonista lleva, al menos, un año exiliado en España. Las alusiones del paso de las estaciones siguen presentes durante el relato de los encuentros entre Raúl y su biografiado y, acompañando el desenlace de la trama, llega la estación estiva y con ella el calor que empuja al viejo soldado a proponerle que se trasladen con él a Cercedilla, una localidad serrana cercana a la capital. Es a partir de estas circunstancias, finalizando la novela, en la que aparecen las únicas referencias a los días y meses correspondientes al verano madrileño, cuando una discusión con el anciano provoca la marcha de la familia a finales de la estación. Abandonan la casa, a la que Raúl volverá solo, días después.

La novela no está dividida en capítulos, pero el anuncio de trabajo que publica Raúl en el periódico —«Escritor profesional, se ofrece para escribir o corregir manuscritos de carácter literario, autobiográficos o técnicos» (71)—, fractura la narración. Hasta ese momento la piedra angular de su identidad narrativa se construye sobre su condición de exiliado. Aceptar el trabajo y convertirse «en el escriba de un viejo fascista» (88), reconocerse paulatinamente en él resignificará su relato.

En las primeras setenta páginas de la novela, antes de la publicación de ese anuncio que lo cambiará definitivamente, se configura un personaje en cuya vida de exiliado, predominan las imágenes de un derrotado tal como él se ve en un reflejo en los cristales de un tren en movimiento que le devuelve su propia imagen como «la caricatura de sus viejos sueños, de sus ilusiones perdidas junto a todo lo demás» (18). El relato mezcla imágenes y recuerdos de su pasado con la cotidianeidad desesperanzada de su presente. Así en el «allá» Raúl inicia su relato con su trabajo en la redacción de un periódico, el noviazgo con Matilde —con la que se casará un año después «ayudados por los hechos consumados»— y la convicción «en todo aquello que después lo llevaría a la pasión ciega, la guerra y el exilio» (20). Recuerda un viaje a Múnich con ella, antes de que naciera el niño (36); una visita al sanatorio en el que vivía su padre, poco antes de que muriese; el primer viernes de cada mes en que sus padres iban a visitarlo al colegio en el que estaba internado, un lugar en el que «el ambiente era tenso y ansioso» (49) y en el que aflora la primera fisura de su resignificación que lo lleva a reconocer que en esa época solo aprendió a «odiar y a esperar» (48). A estos recuerdos se suman los inmediatos de la clandestinidad y resistencia a la dictadura militar: una manifestación callejera con Polaco, compañero de colegio y hermano de

Matilde —«Hoy Polaco es uno más de aquellos tragados por el oleaje, desaparecido y olvidado, porque el olvido es la gran defensa contra la propia muerte» (57)—; o cuando es detenido y conducido a un centro de detención clandestina y después torturado:

Quando, allá aquella tarde llegaron para apresarlo, parecían cordiales, no le pusieron esposas en las muñecas, ni lo amarraron. Sentado entre esos dos en traje de paisano, en el asiento trasero del coche, temblaba. Luego, adentro, en el edificio de aspecto descuidado y casi desierto se calmó. Aunque tal vez no fuese calma, sino abandono; se había apoderado de él ese oscuro sentimiento de tristeza que produce la convicción de la derrota. El momento tan temido en sus fantasías entonces lo dejó indiferente y hasta lo defraudó. Los golpes de los dos hombres, antes de que empezaran a aplicarle la corriente eléctrica, tampoco lo conmovieron demasiado, sólo el sabor dulzón y pegajoso de la sangre en la boca le causó asombro. Nunca supo cuánto tiempo estuvo allí y sólo recuerda ahora las voces tranquilas de sus torturadores que lo injuriaban sin énfasis, como un murmullo, no muy distintas de las de los médicos en el quirófano. A los dos les vio las caras, pero nunca más las recordó; tampoco recordaba ningún detalle de la habitación. Apenas volvían a él confusamente, las voces de aquellos hombres. *¿Torturar, asesinar, puede convertirse en un modo de vida? Para aceptarlo quizá sólo baste con cambiar de perspectiva.* Era la guerra y todos debieron saberlo; al menos, ellos lo sabían; no se habrían formulado demasiadas preguntas. *Ellos no torturaban o asesinaban a consecuencia de una reflexión sobre la guerra; no mataban por no morir. Ni siquiera por odio; no lo hacían por nada que fuera meras palabras. Les bastaba el desprecio* (24-25. Cursivo mío).

Y, por último, la huida, primero en el vapor hacia Uruguay con un pasaporte falso y después en avión a Madrid. Raúl recuerda no haber sentido miedo porque había conseguido racionalizarlo «convenciéndose de que lo que hacía era en beneficio de todos, de aquello por lo cual mataban y morían, sin pensar en su suerte personal; y así, por no haber hecho de sí mismo la razón de su propia existencia no le importaba la muerte» (54). A su llegada al aeropuerto de Barajas, lo esperaban entre la muchedumbre Matilde y el niño, que habían llegado un par de días antes. Esa imagen allí «aún le causa una sensación semejante al desamparo y la derrota» (54).

El “otro soy yo”. Una identidad agazapada

Aceptar el trabajo que se le ofrece tras la publicación del anuncio, como ha sido apuntado, supone un antes y un después en el relato del personaje exiliado por su ideología. El destino lo enfrenta con Luis Somoza y Alurralde, teniente coronel de Infantería y alférez profesional, un combatiente franquista, que le ofrece una oportunidad bien remunerada como escritor a sueldo. Prestar su pluma al viejo soldado para que escriba sus memorias, pero también su trato diario con él, provocan al protagonista una sensación de fuerte rechazo hacia el viejo soldado, pero también de sí mismo, desencadenándole una serie de recuerdos, actitudes,

experiencias e interacciones que, al ser interpretados desde el momento de la experiencia presente, alteran el sentido de los recuerdos pasados y lo resignifican, así como también modifican su identidad narrativa. Estas «huellas» (Ricoeur 807) ya no solo se relacionan con la violencia de la dictadura militar argentina, sino que se extienden a la violencia franquista durante la guerra y la dictadura españolas descritas por el soldado e incluyen la violencia padecida (y sufrida) en la vida del personaje.

En el “aquí” de esta segunda parte de la novela inician de manera casi paralela la relación amorosa entre Raúl e Inés, mujer de su amigo Pablo, y la relación entre el protagonista y el viejo soldado. Mientras la primera acaba, cuando Inés y Pablo se trasladan a Argelia unos meses después, la segunda se hará cada vez más intensa y se prolongará hasta el desenlace de la novela.

Cuando Raúl acude a la primera cita con el soldado, nada más traspasar el umbral de la casa de este se enfrenta a una suerte de museo franquista, pero se siente «atrapado» porque «era mucho más de lo que él y Matilde juntos habían podido ganar en todo el tiempo que llevaban de exilio, en tareas eventuales y desalentadoras» (2002: 87). Raúl está ocupado, de manera rutinaria, buena parte de las horas del día: «Pero en las tardes recuperaba su libertad [...] un trozo vacío de sus días que él trataba en vano de llenar caminando sin rumbo por la ciudad» (116). Lentamente va encontrando puntos de contacto entre su pertenencia y ese otro al que sirve con su escritura: la casa del franquista le recuerda la de sus abuelos; surge el recuerdo de un padre distante, severo e incluso violento (78-79); el de una madre que jamás habla en presencia del padre y a quien odia; el de una relación adolescente con la hija de unos vecinos que acaba con un aborto; un episodio con la hija pequeña de su antigua ama de leche a la que intenta ayudar porque se ha caído, pero a la que termina golpeando y aterrizando:

ya no gritaba, pero todo su cuerpo palpitaba en sollozos hondos, apagados, convulsivos, mientras lo miraba con los ojos sobresaltados por el terror y la súplica. Él, a su vez, la observaba fascinado, sintiendo su lengua seca en la boca semiabierta, acorralándola con la mirada, jugando a un juego que se hacía implacable a medida que se iba alimentando con la indefensión de su víctima, que generaba piedad y rencor al mismo tiempo [...] *Golpear, maltratar, destruir por piedad. Estaba aterrado por su descubrimiento. Había querido ser bondadoso y sólo consiguió regodearse en la crueldad* (159. Cursivo mío).

O el día que convenció a Polaco para que asesinase a un policía para quedarse con su arma:

Fue en los primeros tiempos. Polaco ya había ingresado en la universidad, pero su aspecto era aún el de un chico [...] el grupo de combatientes había cumplido acciones importantes, sin embargo, era necesario todavía un trabajo de captación mayor, y entrenar y probar a más gente. Polaco ingresó con su aval y al poco tiempo era veterano de acciones menores: correo, distribución de propaganda, apoyo callejero. El día en que llamó a su puerta lloviznaba. De-

bía dar cuenta de un policía para hacerse con su pistola [...] cuando todo estuvo preparado Polaco salió con su arma oculta en la chaqueta y luego entró en un bar de la esquina. Este hecho fue una flagrante violación de las instrucciones que se le habían dado: tratar de no ser visto por nadie en aquel barrio, pero él no había resistido la tentación de tomar un trago. [...] El policía se movió y él hizo fuego a quemarropa. Nunca recordaría si escuchó el estampido; el policía comenzó a caer lentamente y él lo sostuvo arrastrándolo un par de pasos hasta el portal de la casa a oscuras. [...]

–¡Yo lo maté, lo maté! –seguía diciendo Polaco. Lloraba.

–Sí, está bien. No había más remedio –dijo él.

–Cuando estuvo en el suelo, busqué entre su ropa y en el bolsillo del abrigo encontré un sándwich, de queso –dijo–. Era su almuerzo.

Al día siguiente, en un basural vecino, aparecieron los cadáveres mutilados de cuatro jóvenes, tres hombres y una mujer, que un tiempo atrás habían sido secuestrados por una banda parapolicial. La mujer estaba embarazada (81-82).

La relación del exiliado con el soldado, dado el contenido de esa biografía que debe escribir, desencadena en el protagonista reflexiones que lo atormentan por la creciente incapacidad por acomodarse. En cambio, Matilde, su mujer, logra «instalarse como si fuese para siempre hasta en los lugares de paso» mientras él siempre ha tenido «la necesidad de desplazarse, de huir, de dispersarse, de esperar impacientemente algo o alguien» (106), lo que le provoca un perenne malestar, «unas ganas furiosas de ser de otra manera, de hablar y decir las cosas que suelen decir los demás, de ser como todos [...] ¿por qué buscaba perder, ya por entonces? ¿cuál era la oscura culpa que lo llevaba a luchar para perder?» (106-107). Pero, sobre todo, lo acecha la mala conciencia de haber superado, al aceptar el trabajo, todo límite ético. A pesar del sentimiento de rencor que alberga por su situación, por el viejo, en su fuero interno se justifica diciendo que el viejo paga y él lo desprecia: «ese es todo el negocio entre ellos. Él sigue sintiéndose solo, y quiere estarlo porque sabe también que mientras su soledad, el desgarramiento por su soledad perdure, su vida tendrá sentido» (2002: 118). Pero el desprecio por sí mismo, la mala conciencia, retumba en su cabeza: y aunque su nombre no figure en sus escritos, aunque nadie sepa que ha sido él quien ha puesto en escritura esa vida, «igualmente era llenarse las manos de mierda» (136).

Raúl empieza a percibir un paralelismo entre su padre y el viejo soldado, pues, en su opinión, ambos pretenden imponerse como una imagen de fuerza, de seguridad sin fisuras consiguiendo solo ser patéticos o ridículos. Queda atónito cuando el viejo franquista le dice: «al cabo de estos meses ya nos vamos conociendo. Usted es igual que yo. Siente aversión por la dicha» (138). Ricœur, menciona la importancia del concepto de generación en la reconfiguración del tiempo por parte de la historia. La noción de generación supera la idea biológica que se comprende con dicho término porque ser parte de una generación

no significa única y primordialmente compartir una misma edad sino un modo de estar en el mundo (793-794).

A lo largo de toda la novela, pero especialmente hasta que Raúl conoce al viejo soldado, en su relato las personas a las que evoca son sus coetáneos. Polaco y Matilde, Pablo e Inés, una pareja de argentinos con los que «lograron huir de allá, casi juntos, en realidad con menos de una semana de diferencia, un año atrás» (16) y otro compatriota exiliado, Muñoz, quien, a pesar del peligro que corre volverá a Argentina al saber que su tía ha caído presa y morirá a manos de los militares. En la segunda parte de la novela, en cambio, los amigos se marchan. Su única compañía es el viejo soldado. A su lado sigue Matilde, pero cada vez queda más difuminada en el relato. Es una mera comparsa. Raúl y su familia conviven diariamente con el anciano en el verano al mudarse a su casa de la sierra madrileña. La convivencia estrecha los lazos entre Matilde y el viejo. Aumenta, en cambio, el odio de Raúl por el soldado. El viejo, por su parte, siempre se demuestra afectuoso con todos. Esto provoca la ira del protagonista, que no puede soportar la buena relación que mantienen entre sí los demás. Grita a Matilde en presencia del viejo para que le confiese cómo fue violada por los militares. Cómo todo fue «hecho por patriotas que daban una lección a una puta subversiva» y dirigiéndose al viejo le pregunta «¿con qué grandes palabras narraríamos eso, mi querido coronel?» (182). Pero lo que más provoca su ira y que confiesa en los momentos finales de la novela, es que a pesar de que su relación solo ha durado un año, se han identificado el uno con el otro. Escuchar al viejo soldado para escribir sus memorias le impone comprender el odio, único sentimiento que lo sostiene y une al pasado (Néspolo 61). Como afirma Adriana Mancini: «lentamente se van borroneando los límites de dos agonistas, aunque enfrenen ideas, posturas, ilusiones y años de dos generaciones que han vivido en épocas de contiendas irreconciliables» (Mancini 173). Raúl es consciente de que el soldado era «un verdadero intruso que se había metido arteramente en su vida creándole un conflicto insoportable» (2002: 184). Más de lo que está dispuesto a admitir, él y el soldado, independientemente de la diferencia de edad, de sus distintas procedencias, de las diferencias políticas, comparten ese modo de estar en el mundo al que se refiere Ricœur. Porque Raúl ahora ya no se puede presentar exclusivamente tras la máscara de un cándido o un idealista, lo delata haber crecido en un ambiente opresor y violento, dentro de las costumbres típicas de la clase burguesa conservadora que apoyó en parte el golpe militar en la Argentina de 1976. Él mismo reconoce que «el hombre –lo quiera o no– siempre es fiel a su pasado» y poco a poco ha ido descubriendo que el suyo es contradictorio. Aún así, reprocha al viejo su obsesión por conservar todos sus recuerdos fascistas, alegando que está todo muerto. El soldado le corrige: «tal vez sólo hemos muerto nosotros. Estos ideales no mueren. Reaparecerán en otros» (178).

A modo de cierre

En definitiva, la experiencia del exilio condiciona el relato de Raúl. Su huida a España le permite sobrevivir, pero lo convierte en un derrotado. En alguien desarraigado y vencido que, conscientemente, decide convertirse en memoria de lo ocurrido. En lugarteniente del pasado que no cesa en el recuerdo. Pero la vida en otro lugar lo condiciona, económica y sentimentalmente. La convivencia con el viejo soldado lo coloca ante sus propias contradicciones, aunque él pretenda preservarse en soledad. Y eso genera vivencias y recuerdos que transforman su propio relato, modificando su identidad narrativa. Apenas se descuida, su memoria olvida y el sentimiento de culpa termina por aflorar porque, como él mismo se plantea: «¿de qué serviría vivir si lo olvidáramos todo apenas sucedido?» (176). La culpa pesa hasta el punto de cambiar su trayectoria vital. Porque, como sostiene al final del relato:

Inés [su amante fugaz] tenía razón: la separación es peor que la muerte porque es una capitulación, una rendición ante la muerte. Aceptan la separación sin morir los que están dispuestos a olvidar, es decir, a mutilarse, a destruir algo, quizá lo más hermoso de sí mismos. “Con mi olvido mato en mí a quien me amó”. ¿Dónde o a quién había oído decir eso? No es posible olvidar y nadie puede desaparecer de la vida de los demás impunemente (185).

Raúl sabe que parte del conflicto que le ha generado la convivencia con el viejo es que este pretende desaparecer impunemente «llevándose una parte de él [Raúl] mismo» (184). Al mismo tiempo es consciente de que él también se ha comportado así: «¿Acaso, cuando más solo se había sentido, no tuvo más necesidad de desprenderse de los otros?» (184). Tras esta reflexión, viaja a Cercedilla para asesinar al soldado, toma la justicia por su mano para matar no solo a quien le recuerda su fracaso –porque lo odiaba «como se odia y teme lo que nos humilla» (137)–, sino, o, sobre todo, para acabar con aquello de “el otro” que descubrió en él.

Obras citadas

- Abdala, Verónica (2002): *La sociedad argentina, nosotros, tenemos la culpa de lo que pasa*. Recuperado de Página/12 :: Espectáculos :: “La sociedad argentina, nosotros, tenemos la culpa de lo que pasa” (pagina12.com.ar) (Visitado el 21/08/2023).
- Descartes, R (2010): *El discurso del método*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Gilardi, P. (2011): La reconfiguración del tiempo en la narración historiográfica según Paul Ricoeur. *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, 41, pp. 103-115.
- Mancini, A. (2017): Héctor Tizón: la escritura y los avatares del exilio. *Ars&Humanitas*, 11, 2, pp.168-176.
- Néspolo, J. (2017): Justicia poética. Entrevista a Tizón. *Boca de sapo*, XVIII, pp. 65-67.
- Príncipi, A.S. (2002-2003): Derroteros de la escritura sobre *La casa y el viento* y *El viejo solda-*

do de Héctor Tizón. *Orbis Tertius*, 8-9. Recuperado de Derroteros de la escritura sobre La casa y el viento y El viejo soldado de Héctor Tizón | Orbis Tertius (unlp.edu.ar) (Visitado el 20/09/2023).

Ricoeur, P (1996): *Tiempo y narración, III. El tiempo narrado*. México: Siglo XXI.

Tizón, H. (1984): *La casa y el viento*. Buenos Aires: Alfaguara.

Tizón, H. (2002): *El viejo soldado*. Buenos Aires: Alfaguara.